

Tierra

Es lo que yo digo, porque aunque no hable, pienso. Pienso con palabras, se mezclan dentro de mi cabeza y me dicen cosas. Al principio están sueltas, pero después se ponen unas detrás de otras y entonces me dicen que el árbol tiene copa en algún lado, la aguja ojo y el pie una planta. Mamá cree que algo malo pasa conmigo, como no me porto bien cree que no entiendo nada, pero es al revés, entiendo demasiado, como ahora que pienso *tierra* y todas las palabras que conozco empiezan a girar alrededor de esas seis letras como si estuvieran en medio de un tornado y ya no puedo parar.

La tierra en la que pienso no es la que arma remolinos en la esquina, ni la que entra volando por la ventana, ni la que junta mamá con la palita cuando se pone a barrer. Tampoco es la Tierra que tiene mares y montañas, esa que gira tan despacio que es imposible darse cuenta, ni la tierra de la que habló el cura el domingo en la iglesia. Cuando pienso *tierra*, no pienso en la tierra que camino para ir a casa de la abuela, ni en eso de poner los pies en la tierra que repite papá como si él no supiera dónde los tengo apoyados. Ya sé que una palabra dice muchas cosas, pero no estoy diciendo eso. Ni mover cielo y tierra, ni echar por tierra. Además, no sé bien qué quiere decir *tierra*, ahí, con esas otras palabras. Lo que pasa es que son muchos los mundos escondidos en estas seis letras, porque una palabra dice una cosa pero también otras tantas y es como el cuento de la buena pipa que no acaba nunca. Cuando me concentro en una palabra no puedo parar de pensarla. La miro por arriba, la miro por abajo y de perfil, la huelo del derecho, la huelo del revés y siento qué gusto tiene al nombrarla hacia adentro, y mamá dice en voz alta en qué estarás pensando, hijo, y yo no puedo contestarle porque la palabra me pide que la piense y la piense. Es como si nada más existiera, somos la palabra y yo. Y ahora, la palabra es *tierra*, pero no es la tierra que piso, ni la del terreno de al lado, no.

Es de día, mamá y yo estamos en la huerta. Ella agarra un puñado de tierra y lo convierte en lluvia para que la tierra caiga en la tierra. Es tu turno, dice, y me da un poco. La deshago, la muelo con los dedos y es como una caricia. Se hace polvo y se une al montón buscando su lugar en el mundo. Ahora la semilla, Julián, dice mamá. Arrodillado. Escarbo. Uso mis dedos como rastrillo. Dibujo un surco. Después, junto otro puñado de tierra y es nuevo. Se abraza a la tierra que espera en la tierra. Húmeda. Oscura. Extendida. Abierta.

Esta es la tierra que pienso, la que tengo metida en mis uñas, pegada a mi ropa. Huele bien cuando llueve y forma charcos en el jardín. Hago un hoyo con la punta del dedo, cae la semilla, y yo, con mis manos, la cubro, la dejo sin luz, sepultada. Entonces recuerdo al abuelo, y pienso que tal vez dijo *trágame tierra* y ella, la tierra, se lo tragó para siempre. De repente tengo miedo de esa oscuridad y de quedar allá abajo, enterrado y solo y que me olviden. Espero que se me pase. Espero en el silencio de la palabra como en el borde de un precipicio. De golpe, explota. Ahora no es una palabra, son muchas y es como un eco. Al fin comprendo. Miro el sol allá arriba y no va a irse de ese cielo sin nubes. Septiembre, tal vez. Llegará el tiempo. La tierra se hará a un lado y el brote, verde, crujiente, tomará impulso, y con todas sus fuerzas, y estallará hacia arriba.

AUTORA: [Emilce Mariel Acuña](#)

